

Ciencias sociales y conciencia crítica

Surgidas con los albores de la edad contemporánea, creyentes plenas en la virtud redentora de la razón, las ciencias sociales, en cualquiera de sus ramas, métodos y escuelas, han sido naturalmente hijas legítimas del progreso histórico. No se pueden concebir los avances en lo económico, social y político, dirigidos todos ellos al aumento del bienestar de la población, éste al engrosamiento de las clases medias, y finalmente a la estabilidad de los sistemas democráticos, sin la presencia de las disciplinas reflexivas que caen bajo la categoría genérica de “ciencias sociales”. Una sencilla visión a vuelo de pájaro nos permite constatar que en Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, las ciencias sociales fueron fuertes porque sus sistemas integrados ocuparon un lugar preeminente en el big bang universal iniciado con la eclosión capitalista. El “retraso histórico” de las ciencias sociales en España no puede ser achacado unívocamente al franquismo, si bien este sistema dictatorial produjo la emigración de los mejores cerebros de las ciencias sociales, la historia y la filosofía de la época en dirección sobre todo a América Latina. El hecho de que los krausistas y regeneracionistas apostasen por la educación como base para la regeneración sociopolítica de España, indica directamente el interés que existió en la segunda mitad del siglo XIX en este país por la “ciencia social”. Fueron numerosas las traducciones llevadas a cabo en aquella época, y fue grande el interés suscitado por los avances en estas materias. Mas con la generación del 98 se produjo la quiebra que arrastra la ciencia social española desde entonces: el optimismo histórico encarnado por figuras como Joaquín Costa o Antonio Machado y Álvarez, practicantes de la sociología o la etnografía, se mutó en el pesimismo de Unamuno o Ganivet, que optaron por el ensayismo literario. Misma dirección en la que abundará la generación del 27, y que encontrará su culmen en las “antropologías filosóficas” de la escuela orteguiana, perdido ya todo norte positivista. No es, pues, el franquismo solo el responsable de esa enorme laguna científica, de más de un siglo, existente en nuestras bibliotecas y universidades. Hubieron razones endógenas, atribuibles al “giro literario” llevado a cabo por los intelectuales españoles en el fin de siglo.

En el tardofranquismo el interés por las ciencias sociales en España aumentó, interpretadas éstas como un instrumento eficaz para el conocimiento social que la dictadura, en sus estertores, quería sustraer. Fue grande por consiguiente la influencia que el “marxismo” tuvo en la formación de la ciencia social moderna española, así como los intentos del régimen, debilitado en su dureza inicial, por crear una escuela oficial que abordase la renaciente “opinión pública”. Estos dispositivos, resistentes y posibilistas, no

han llegado a incidir como comunidad científica de pensamiento en los cambios epistemológicos de las ciencias sociales en el mundo contemporáneo. Al ensimismamiento anterior siguió cierto papanatismo —pues no es otro el término— promotor de modas exteriores en exclusiva. La fascinación por la ciencia social llevada a cabo en el exterior ha adquirido connotaciones ridículas, bajo el dictado del “desprecio de lo propio, y la alabanza de lo ajeno”, tan arraigado en las mentalidades hispanas. Todavía hay algún periódico nacional que en sus páginas culturales consagra todo el interés del mundo a la ambigua corriente del “hispanismo”, y desprecia como sospechosa de “garbancerismo” a la producción interna de la ya nada despreciable comunidad científica española. En paralelo, una buena parte de los investigadores españoles se ve abocada a llevar a cabo políticas personales de “acumulación de capital simbólico” en el exterior con el absurdo fin de deslumbrar a sus conciudadanos. Una estrategia propia de las situaciones de “dependencia” científica plena.

Efectivamente, en el último cuarto de siglo España ha sido capaz de poner en circulación una cantidad apreciable de buenos investigadores, que sin embargo no tienen aún el espacio institucional adecuado para llevar a cabo una reflexión colectiva y un intercambio de ideas capaz de generar “comunitas” y laboratorios de pensamiento. La gran responsabilidad en este orden corresponde a las Universidades, y el Ministerio correspondiente, que hasta el momento no han desarrollado un sistema de tercer ciclo de calidad y una red de institutos de investigación de verdadera notoriedad. Estas fallas en la investigación y el periodo formativo ligado a la misma no puede ser adjudicado sólo a la falta de medios económicos. Quizás la voluntad política sea más relevante que el factor económico en lo tocante a este esfuerzo centralizador.

Además, ese esfuerzo, que acabará llevándose a efecto por el imperativo categórico que nos impone el nuevo marco político europeo, no podrá ya tener sólo una dimensión nacional española, si bien España no puede olvidar que cualquier comunidad científica en la que pretenda estar presente deberá aceptar la lengua española como idioma de comunicación científica. No es procedente la renuncia previa que algunos colegas hacen buscando un lugar bajo el sol en la comunidad de lengua inglesa. La comunidad científica española no puede olvidar la existencia de América Latina, ni las simpatías que como país poco o nada sujeto ya a los dictámenes del imperialismo moderno, suscita. La permanente ignorancia que las ciencias sociales anglosajonas han desplegado respecto a la producción de latinoamericanos y españoles, hace aún más necesaria la formación de ese polo científico en lengua española, que actúe de conector entre Europa y América Latina. Nos hallamos aquí ante un “obstáculo epistemológico” bien claro, que no conoce más ambigüedades que el poder mismo en estado puro.

No podemos dejar de mencionar finalmente que las estériles embestidas por razones “ideológicas” entre miembros de la comunidad científica española, poco o nada despejan este camino. El ataque innoble —en forma de manifiesto, que no es precisamente un medio de crítica científica— llevado a cabo por un grupo de antropólogos andaluces contra el profesor Mikel Azurmendi, por haber sostenido en un libro opiniones distintas de las suyas, es un ejemplo vivo del estilo guerracivilista que hay que desterrar de la vida académica española. Sólo así podremos conseguir algunos objetivos autónomos, y cumplir funciones sociales a la altura de nuestro tiempo.